

hayáis oído, que el buen Delgadillo sacó de su proyectada aventura amorosa de hace algunas noches el más soberano bofetón que en su vida ha recibido, que ese bofetón se le dió la misma Esperanza Ponce de León, y que no estando de humor de pasar por aquello de que «manos blancas no ofenden,» no quiere menos que tener algún pretexto para hacer ahorcar á todos los Ponce habidos y por haber si es posible.

—¿Y no tenéis vos que ver en ese accidente?

—Delgadillo me acusa de haber concertado con la salvaje hija de Ponce la burla y la afrenta de que fué víctima y ha jurado, y nunca Delgadillo jura en vano, que ó yo le proporciono la manera de ahorcar á los Ponce ó me ahorca él á mí si no lo consigo. ¡Y lo hará, vive Cristo! que es muy hombre para ello.

—¿Y podréis lograr lo que pretende?

—Así lo creo, y sobre todo á intentarlo voy. Tengo fundadísimas sospechas de que los Ponce asesinaron años hace al padre de Isabel de Rioja, y que aquel crimen es el origen de la demencia de Juana de la Cueva, á la cual quiero poner frente á frente de Isabel, y ante testigos que puedan dar fe de lo que acontecer pueda en esa entrevista.

Por eso necesito que vos procuréis que esa reconciliación...

—No tenéis que decirme nada más: os ofrezco que esa reconciliación tendrá efecto.

—Confío en vuestra palabra y con vuestro permiso me retiro.

—Id con Dios, García del Pilar,—contestó Jerónimo Ruiz, correspondiendo al saludo de despedida del perverso agente del oidor Delgadillo.

Capítulo V

Asechanzas, temores y presentimientos

CUANDO D.^a Ana enteró á Isabel de Rioja de cuál era la familia á cuya casa debían trasladarse, con el fin de pasar en ella algunos días, la joven infeliz no pudo reprimir su emoción terrible y desoladora.

—¡La condesa de Peralta habéis dicho!—preguntó con angustiosa ansiedad.

—Sí, hija mía; pero... ¿qué os pasa? os habéis puesto mortal.

—¡Ah! ¡D.^a Ana!—replicó siempre con la misma angustia,—no podríais relevarme del ofrecimiento que os he hecho de aceptar esa invitación?

—Isabel, no os comprendo ¿qué motivos podéis tener?...

La joven no dejó proseguir á D.^a Ana y trayéndola hacia sí, oprimiendo entre las suyas calenturientas, las ma-

nos de su amiga, hizole la confesión de su pasado vertiendo amargas y abundantes lágrimas y haciendoselas verter á D.^a Ana.

Cuando hubo concluido dijole ésta:

—Isabel, amiga mia, hija querida, es necesario tener valor, mucho valor, mucha resolución!

Ahora más que nunca os exijo que cumpláis vuestro ofrecimiento.

Es necesario que aceptéis la invitación de la condesa.

Veo en todo esto el dedo de Dios, indicándoos el camino que debéis seguir.

En someteros á su omnipotente voluntad está vuestra salvación.

Yo, como vos, sé lo que son penas de amor.

Yo, como vos, cometí en mi vida una falta semejante, ¿qué digo semejante? peor, mucho peor que la vuestra.

Pero como vos pequé sin saber que pecaba, casi sin culpa de mi parte, y Dios me castigó durante largos años; pero al fin dió á mi arrepentimiento sincero, á mi resignación cristiana, un premio tan grande como sabe darlos su bondad infinita, su infinita misericordia.

¿Por qué no ha de hacer otro tanto con vos que sois menos criminal que fui yo?

Sobre este tema discurrió largamente D.^a Ana, logrando, ya que no convencer á Isabel, si al menos consolarla.

Mucho cooperó á este fin la detenida plática que con ella mantuvo García del Pilar.

Como ya dijimos, desde los primeros días siguientes á la venida de Isabel á México, sorprendió uno de los dos principales fines que la joven perseguía, y no tardó en averiguar su verdadero nombre, y que la hija era de la presunta víctima de los Ponce de León.

También sabemos que el mismo Jerónimo Ruiz descubrió á Delgadillo y á García del Pilar las relaciones que entre él y la joven habían existido.

Brusco, y más bien brutal que brusco, no ocultó á Isabel que también este secreto suyo conocia, y obligándola por este motivo á doblegarse y aceptar todas sus indicaciones, la comprometió á mostrarse completamente indiferente ante Jerónimo Ruiz, mientras hubiera de permanecer en casa de la condesa de Peralta.

Así lo ofreció Isabel y desde entónces no opuso inconveniente alguno en aceptar la invitación.

En tal virtud, D.^a Ana, su marido y la joven se trasladaron á Tezcoco, y fueron recibidos por la condesa y su hija Catalina con las mayores demostraciones de afecto y simpatía.

Jerónimo Ruiz encontró un buen pretexto para no hallarse presente al recibimiento de los nuevos huéspedes, y la víctima de su doblez y engaño pudo afrontar la extraña situación en que poníanla sus circunstancias, con cierto reposo y sangre fría.

Ya muy tarde cuando se le avisó que Isabel se encontraba recogida en las habitaciones que se le habían destinado, Jerónimo Ruiz se presentó en el salón de la condesa, hallando sola en él á Catalina según eran sus deseos.

Nunca como entonces se mostró tan solícito y afectuoso en las frases que por costumbre tenía dirigirlé, tanto que á Catalina llamó fuertemente la atención y le hizo preguntarle:

—¿Qué tan buena noticia me traéis que hoy como nunca os encuentro alegre y regocijado?

—Podría contestaros,—replicó Jerónimo Ruiz,—que basta para sentirse alegre tener el placer inmenso de en-

contrarme á vuestro lado, respirando la atmósfera embriagadora que con vuestro delicioso aliento perfumáis, llenándola de átomos de luz con la que de vuestros ojos se difunde.

—Cuidado, Jerónimo Ruiz,—observó Catalina sonriendo maliciosamente,—varias veces os he dicho que detestó la vulgaridad, y elogiándome estáis con galantería de una estupenda vanalidad.

—Tenéis razón, sí: no sé lo que me digo; pero me juzgo tan feliz, tan extraordinariamente feliz...

—¡Feliz! ¿por qué?

—Porque creo haber dado con el medio más seguro y eficaz para merecer vuestro cariño, complemento de la dicha que por sólo amaros como os amo experimento.

—Pues con franqueza os lo digo, de nada os creía tan distante como de conseguirlo.

—¡Ah! ¡Catalina cuán cruel sois! ¿por qué me habláis así?

—¿No lo sabéis y vos me disteis el motivo para ello?

Sí, Jerónimo Ruiz; vos y sólo vos ponéis obstáculos al triunfo de vuestra amorosa empresa, y tan distante estáis de conquistar mi voluntad, como distante estoy yo de desear esa conquista.

—Disculpo, Catalina el que penséis como respecto de mí pensáis.

No soy yo ciertamente quien se cree digno de ser por vos amado, y por eso, á falta de otras cualidades, que no poseo, procuro atraeros con lo puro, santo é ilimitado de mi adoración.

—Veo que me habéis comprendido mal, y queriendo confundirme con vuestros galantes rasgos, me hacéis un disfavor, suponiéndome tan vanidosa de mí misma,

que con ser vos quien sois, os juzgo indigna de mí, sin duda porque merezco mucho más.

Pero no es así, Jerónimo Ruiz.

Capaz os creo de hacer la felicidad de mujeres que valgan mucho más de lo poco que yo valgo; pero convenid conmigo que no son los méritos ni las prendas personales las que deciden triunfos de amor, sino la mutua inclinación.

—Convengo en ello, pero también la inclinación se conquista.

—¿Por cuáles medios?

—Si los supiese no habría necesidad de deciroslos pues desde luego los pondría en planta.

Pero dejando al tiempo el resolver este problema, debo manifestaros que no es el deseo desempeñar con vos discusiones difíciles de mantener con tan ingeniosa y dulce enemiga lo que á vos me trae en este momento.

—¿Qué es lo que os trae?

—Algo mucho más fácil y hacedero.

—Decid, que ya os escucho.

—Se trata de que conmigo os mostréis tan complaciente como lo ha sido vuestra madre la condesa.

Se trata, en fin, de los Ponce de León.

Catalina púsose grave y seria, y exclamó:

—Habéis nombrado á los Ponce; quiero creer que no habréis inquietado á mi madre con vuestras singulares sospechas...

—Suponeis bien, y perdonadme que os haya interrumpido.

He olvidado mis sospechas y os ruego que otro tanto hagáis vos, Catalina, aunque no sea más que por un sentimiento de piedad hacia mis injustificables celos.

He dicho injustificables celos y no he sido exacto.

No es ese el calificativo que merecen sino el de ridículos.

Ridículos sí, porque por más que en un amor como el mío, tan absoluto, tan violento, tan arraigado en el fondo de mi alma, sean posibles y explicables todas las locuras, me he pasado de los límites permitidos á un demente, suponiendo que pueda existir mujer alguna capaz de aceptar y concebir tan extravagante pasión como lo sería sin duda la que concibiese por vos un hombre á vos inferior en clase, condición y costumbres.

Y pienso tan acertadamente al pensar así, que comprendo con cuanta razón y justicia paldecísteis al comunicaros mis ridículas sospechas, herida por mis injustas quejas.

En mi pecado llevé mi penitencia, pues al cometer la necesidad de confesarme celoso de ese pobre Alvar Ponce, me rebajé hasta su humilde y rastrero nivel.

—¡Pensad lo que decís, Jerónimo Ruiz!—replicó Catalina cuyas mejillas se colorearon con el tinte de mal reprimida cólera.

Pensad lo que decís; para defenderos no necesitáis ofender á nadie.

Los Ponce están en la desgracia, pero sus títulos nobiliarios son superiores á los de mi misma madre, pues D. Fernando los ganó por sus propios méritos y en servicio de Dios y de su Emperador.

—No niego la bondad de esos méritos, muy al contrario, los reconozco y deseo me ayudéis á rehabilitar á esa familia.

Catalina no pudo por menos de sorprenderse de tan inesperada salida, y con interés y apresuramiento sobra-

dos para confirmar en sus sospechas á Jerónimo Ruiz, preguntó:

—¿Qué habéis dicho, Jerónimo Ruiz? ¿acaso he oído mal?

Esta vez fué Jerónimo Ruiz quien se puso mortalmente pálido, pero haciéndose violencia, consiguió reir y pudo replicar lo siguiente:

—Os parece imposible que sea yo capaz de algo que signifique nobleza y generosidad ¿no es cierto?

¡Cuán mala opinión tenéis de mí, Catalina!

Pero no me defenderé de cargos que no merezco.

Vos misma me dispensaréis este honor y esta justicia, cuando me conozcáis mejor que hoy.

Lo que por el momento me importa conseguir de vos, es lo que de la condesa he conseguido, esto es, que no os neguéis á una reconciliación con los Ponce.

—¿Qué decís? ¿vos queréis?...

—¿Por qué no he de quererlo?

—¿Pero qué os proponéis al procurar esa reconciliación? ¿qué os mueve á proponérsola?

—Vuestro interés, nada más que vuestro interés, Catalina.

—¡Mi interés! ¿qué interés creéis que yo tenga?...

—No me he explicado bien, no quise decir que vos tengáis en esa reconciliación interés de ninguna especie, pero sí le tengo yo que os amo, Catalina, como ni yo mismo creía que fuera posible amar.

Yo soy quien me intereso en que nadie pueda suponer en vos lo que no existe.

Soy yo quien desea que la piedad que por los Ponce sentís y á favorecerlos os incita, no pueda ser sospechada por nadie en mengua de vuestro honor.

No os irritéis y permitidme hablaros con entera franqueza.

Varias personas os han visto concurrir últimamente á más de una cita que sin duda disteis á Alvar Ponce...

—¡Jerónimo Ruiz!—exclamó ofendida Catalina,—¡creo que no os asiste derecho alguno para celarme y espiar mis pasos!

—Repito Catalina, que son varias las personas que sin plan premeditado han sorprendido esas citas.

—Pues bien; es cierto, yo misma las he solicitado, con el fin de reparar en parte las injusticias, injusticias, sí, de la condesa, que basada en falsos informes, en atroces calumnias, habia hecho crecer y agigantarse un odio que á nosotros más que á nadie hubiera sido perjudicial y funesto.

—Lo sé, Catalina, y en esa obra por vos emprendida quiero ayudaros, haciendo innecesarias esas citas que la maledicencia y murmuración podrian acoger en descrédito de vuestro honor.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿seria posible semejante infamia?

—No lo será,—contestó Jerónimo Ruiz,—si prestáis á mis planes de reconciliación el mismo favor que les ha prestado la condesa.

—¡Qué! ¿acaso habéis dicho á la condesa?...

—Nada absolutamente que pueda mortificaros: lo que os he dicho, sólo á vos podía y debía decirlo.

La condesa sólo sabe que á los Ponce se les ha encontrado con extraña frecuencia dentro de los términos de las propiedades que fueron de vuestro padre, y que temeroso yo de que tramen alguna funesta venganza, he querido y quiero provocar una reconciliación que ponga termino á odios que podrán ser funestos.

—¿Y á ello ha accedido la condesa?

—Con una bondad á la cual viviré eternamente reconocido. ¿No la tendréis vos á vuestra vez?

—¡Ah! Jerónimo Ruiz, creo en efecto, que os habia juzgado mal, y estad seguro que nada me será más grato como confesar que estaba en un error.

Sí; tenéis razón, acepto con gusto vuestro plan y os ayudaré con todas mis fuerzas á realizarlo.

Sí; promoved esa reconciliación, que apruebo por ser tan natural y justa que no alcanzo como pudistéis dudar que yo la aprobase.

—Lo dudé,—contestó Jerónimo Ruiz con pérfida y bien disimulada intención,—lo dudé, repito, porque os creía mal dispuesta contra los Ponce.

—¿Cómo pudistéis creerlo, si siempre os hablé bien de los Ponce y aun traté de conquistaros para ellos?

Así es la verdad; pero siempre, á mi vez, supuse que á ello os impulsaba más que la simpatía, el miedo de irritar á los Ponce, consintiendo en que yo aumentase el número de sus enemigos.

—Miedo habéis dicho?

—Miedo, sí.

—Jamás se lo he tenido.

—Ya no lo dudo, pues vos lo negáis; pero convengamos en que después de todo no hubiera sido injustificado.

La fama de los Ponce no es envidiable.

Quizá se les calumnia, pero la voz general los acusa de ladrones y asesinos.

La voz general los acusa de haber muerto á vuestro padre.

—Jerónimo Ruiz, tenéis razón; todo eso es una villa.

na calumnia; villana, sí, porque los Ponce están en la desgracia, en la miseria y se los ve, efecto de su pobreza y desamparo, con el más cobarde desprecio.

Los Ponce son unos infelices que se han atraído la mala voluntad general, únicamente porque en su infortunio no han sacrificado su orgullo de raza y de clase á las exigencias de la necesidad.

Abatidos por la desgracia nunca han dejado de ser los nobles marqueses de Ponce.

—¿Cuánto me complace oiros y cuánto os agradezco vuestra buena disposición para ayudarme á reconciliar á los Ponce con los descendientes de Nuño López de Cardona!

Y ahora, Catalina, ¿podré esperar de vos un nuevo favor?

—¿Qué deseáis?

—Que me otorguéis el honor de una conferencia con vos.

—¿Quién os la estorba? ¿qué más propicia ocasión que la presente?

—Es que deseo que á esa conferencia asista el mayor de los Ponce.

—¿Alvar!

—El mismo.

—Puedo saber...

—¿El fin que me propongo? Voy á deciroslo. Los Ponce desconfían de mí y no acudirían á la cita que en mi nombre les hiciese. Citándolos en nombre vuestro acudirán sin dificultad.

—Perdonadme, Jerónimo Ruiz, que con franqueza os diga que también yo desconfío de vos; sin embargo jamás he retrocedido ante situación ninguna, por peligrosa que me haya parecido: convengo en vuestras

proposiciones; podéis citar en mi nombre á Alvar Ponce, como, cuando, y donde lo estiméis por conveniente.

—Disculpo, Catalina, vuestra desconfianza y no me ofendo con ella.

Quizás no tardéis mucho en rectificar tan poco favorable juicio.

—¿Dónde se verificará esa conferencia?

—Si lo aprobáis, la verificaremos mañana en la tarde, en las ruinas del antiguo palacio de los reyes de Tezcoco.

—Es decir, en el mismo lugar en que suponéis...

Jerónimo Ruiz la interrumpió diciendo.

—Sed generosa conmigo, Catalina; ya os he dicho que considero mis suposiciones y sospechas como altamente ridículas.

—Sé ya, pues vos misma me lo dijisteis, que vuestras entrevistas con Alvar Ponce sólo han tenido por objeto evitar las malas consecuencias del odio que entre vuestra familia y la de los Ponce existe.

Si elijo el lugar indicado es porque se presta como ninguno otro á citas que nos conviene tener hoy por hoy en secreto.

—Decís bien, Jerónimo Ruiz; haced en todo esto lo que mejor os parezca.

—Confío en que seréis conmigo tan cumplido caballero como lo deseo.

—Lo seré, Catalina, tanto como una dama como vos merece.

Y ahora, permitidme que me retire, ofreciéndooos como siempre las protestas de mi sincero é ilimitado amor.

—Id con Dios, Jerónimo Ruiz, y ójala pueda felicitar-me de vuestra sinceridad.

Un rato después de haberse retirado Jerónimo Ruiz, entraron en el salón en que permanecía Catalina sus amigas D.^a Ana é Isabel.

Por la conversación que una y otras mantuvieron tuvo Isabel noticia de la conferencia dispuesta por Jerónimo Ruiz, y cuando las tres amigas se separaron, y quedaron solas Isabel y D.^a Ana, la primera preguntó á la segunda:

—¿Conocéis vos, D.^a Ana, el lugar donde esa cita tendrá verificativo?

—Sí, hija mía.

—¿Podría yo ocultarme en esas ruinas, de modo de enterarme, sin ser sorprendida, de esa conferencia?

—Sí, por cierto,—¿pero pensad, Isabel, que tal cosa estaría mal hecha?

—Sin duda que sí; pero un presentimiento superior á mi voluntad me dice que debo hacerlo.

—Pensad, hija mía...

—D.^a Ana, no lográis convencerme de que no debo hacer lo que me propongo: que hago mal yo también lo sé y me lo digo; pero ese presentimiento me anuncia que esa conferencia será para mí de vida ó de muerte. Tened piedad de mí y no me hagáis oposición. Desde que he entrado en esta casa sufro tanto que temo perder la razón.

Diciendo estas palabras Isabel se arrojó sollozando en los brazos de su amiga, que en vano procuró durante un largo rato calmar aquel acceso de dolor.

Mientras esto sucedía, Catalina, recogida en su habitación decía:

—Quizás he hecho mal en descubrirles ese secreto: pero ¿á qué negármelo á mí misma? Esa cita me causa miedo, si Jerónimo Ruiz ha de hacerme víctima de alguna felonía, bueno es que para caso necesario haya alguien que esté enterado de la tal cita.

Juan correspondió con las suyas á las confidencias de su hermano y le descubrió su pasión por Isabel de Carvajal, guardándose bien de decir su verdadero apellido, obedeciendo de tal modo la expresa prohibición de su amada.

Preocupado Alvar, no solicitó más pormenores que los que buenamente Juan quiso darle, y ocupándose más de Catalina que de Isabel, ambos hermanos convinieron en que no pecarían de exceso de prudencia concurrendo ambos al lugar de la cita, oculto Juan y á cara descubierta Alvar.

—Fácil te será pasar inapercibido,—añadió Alvar;— las ruinas del palacio tezcocano son extensas, y una tropical vegetación de tal modo las tiene cubiertas de montañas de verdor, que, no ya hombres, sino toda especie de feroces bestias puede en ellas encontrar segura é impenetrable guarida.

—Tanto mejor; pero aunque así no fuese, no te abandonaré.

—Jamás;— replicó Alvar,—supe cuál puede ser la forma que reviste el miedo en medrosas naturalezas, y sin embargo, no sé por qué siento algo que me inquieta.

Jamás Catalina me ha enviado cita con hombre alguno.

Quando á bien ha tenido buscarme, lo ha hecho por sí misma, cruzando como á la casualidad el camino que yo seguía, ó el campo en que trabajo.

Quizás no sea todo esto más que una vana preocupación, pero no sé qué voz me dice que en esta cita anda mezclado ese aborrecido hombre con el cual quiere la condesa casar á Catalina.

¡Oh! ¡desgraciado de él si no acierta á herirme á traición!

Capítulo VI

Nuevas sombras

JUAN PONCE DE LEÓN, que sólo vivía menos miserable vida respirando en la misma atmósfera que su amada Isabel perfumaba con su aliento, se trasladó á la casa de sus padres, próxima, como ya sabemos, á la habitada por la condesa de Peralta, de quien era huésped la víctima de Jerónimo Ruiz.

Hizo éste que Pedro Fañez citase en nombre de Catalina á Alvar Ponce, quien no pudo por menos de encontrar la cita por demás extraña.

Por casualidad Juan se halló presente al dar Pedro Fañez á Alvar el recado de que era portador, y no menos extraño que á su hermano pareció que tan gran dama citase á tan humilde caballero.

Alvar explicó en parte el enigma, confesándose loco y perdidamente enamorado de la hija de Nuño López de Cardona.

¡Le aborrezco de tal modo, que con sólo un instante que se descuide en herirme, será sobrado para que yo le tienda muerto á mis piés!

Le odio, le aborrezco porque estoy seguro de que ama á Catalina.

Si ella fuese capáz...

Alvar no concluyó lo que á decir iba porque percibió el eco de los pasos de su hermano Rodrigo que se aproximaba siguiendo el corredor.

—Que de nada de lo que sucede se entere nuestro hermano Rodrigo,—exclamó Alvar:—no entiende de amor y aborrece á Catalina.

Es la encarnación del odio.

La excesiva suspicacia suele en muchos casos hacer oficios de facultad adivinatoria.

Merced á ella Rodrigo echó de ver que su proximidad ó su presencia habían sido causa de que sus hermanos suspendiesen la conversación que sin duda mantenían.

—¡Tienen secretos para mí!—se dijo á sí mismo;—no importa: á su pesar los averiguaré.

Y levantando la voz añadió:

Parece que van á tener grandes fiestas en el castillo de Cardona.

—¿En qué castillo?—preguntó Juan.

Debo advertirte,—observó Alvar,—que Rodrigo llama á la morada de la condesa el castillo de Cardona.

—Lo llamo así porque lo es, y para gloria nuestra lo es por nosotros.

Mucho debemos valer, puesto que sólo por nosotros y contra nosotros, Cardona primero y la condesa después, han convertido su casa en una especie de fortaleza, á la

que no faltan ni sus respectivos fosos, ni su correspondiente puente levadizo.

—Pero en fin ¿qué grandes fiestas son esas que se preparan?—preguntó Juan.

—Las de las bodas de Catalina,—contestó Rodrigo bruscamente y procurando dirigir su contestación más á Alvar que á Juan.

Alvar demostró que en efecto habíale lastimado.

—¿Con quién?—preguntó con voz sombría.

—¿Con quién ha de ser sino con ese tal de Jerónimo Ruiz, sobrino de la condesa?

—¡Oh! ¡eso es mentira!—replicó Alvar más sombrío cada vez.

—Puede serlo en efecto,—repuso con doble intención Rodrigo, acompañando su palabra con una siniestra sonrisa:—mientras no se haya celebrado la boda, pueden ocurrir tales cosas que en efecto sea imposible.

Pero la verdad de Dios es que se dice en el mercado, y del mercado vengo.

—¿Pero qué se dice en el mercado?

—¿No lo he dicho ya? ¡no lo habéis oído?

—¡Pero es, repito, que eso es imposible!

—Y si embargo se dice, y aun se añade que ya han empezado á llegar al castillo las personas invitadas á las fiestas, y se citan los nombres de las que aun no llegan, entre los cuales, admiraos, estamos también nosotros.

—¿Qué dices?—preguntaron á la vez ambos hermanos.

Rodrigo dió rienda suelta á su siempre siniestra sonrisa y contestó:

—Veo que tomáis á lo serio lo que tal honor no merece; obráis mal, reíos como me río yo.

No merece otra cosa tan extraña pretensión.

Sin duda quiere la condesa que con nuestra presencia en las bodas de su hija, sancionemos el despojo de que nos hizo víctima en el odioso resentimiento que á nuestro padre guardó, hasta el día de su muerte, su hermano y nuestro tío.

Sin duda á este plan obedeció el de Catalina para atraerte á tí, inocente y crédulo Alvar, que llegaste á suponer que entre el castillo de Cardona y la cabaña de los Ponce podrían existir más relaciones que las del rencor que nos aproxima y empuja al precipicio que al fin ha de tragarnos á todos.

¡Ira de Dios! y ahora si hablo en serio; si aun persistes, Alvar, en cerrar los ojos á la luz de la razón, yo veré por tí y por el honor y los derechos de los Ponce.

¡Ay! de nosotros, si obstinado en tu ceguedad prestas tu apoyo á los negros planes de la condesa!

—¿Qué mayor ceguedad que la tuya?—exclamó Alvar cuyo corazón destrozaba despiadado dolor.

¿Qué mayor ceguedad que la tuya? Poseído por el odio, sólo procuras verter en mi alma desventurada el veneno de la desconfianza y de la duda.

Reprochas mi adoración por Catalina.

Y bien, genio del rencor, ¿á quién sino á ella debemos la calma relativa en que vivimos, desde que ella ha hecho á la condesa más humana con nosotros?

Si no sintiese por nosotros alguna simpatía ¿qué necesidad hubiera tenido de buscarnos, teniendo como tiene las poderosas armas de la riqueza?

¿No goza ella del amor de las gentes de estos contornos en que á nosotros se nos quiere mal y se nos atribuye fama de ladrones y asesinos?

¿Tendría más que abrir su boca para alzar contra nos-

tros á tantos como nos aborrecen, porque creen insolente orgullo la dignidad con que sobrellevamos nuestro infortunio?

—¡Ah! ¡bien se echa de ver que no has disfrutado la inefable ventura de conversar con Catalina!

—Sé que no ignoras mis entrevistas con ella.

—Más de una vez he adivinado que me espías, mal oculto entre los matorrales del viejo palacio tezcocano.

—Y pues tal hiciste, sin que jamás hasta este momento te haya hecho yo reproche alguno, ver has podido que á pesar de nuestra mala fama, Catalina ha concurrido, siempre sola, á esas entrevistas, confiando en mí, que en cualquiera de ellas podría haberla matado impunemente, ó abusado como un miserable de su confianza.

¿Puede darse prueba mayor de que Catalina no piensa de nosotros como piensan los demás, y nos cree dignos de su amistad?

—Y sin embargo,—observó Rodrigo sin dejarse vencer;—sin embargo, sabiendo quizás que tú la amas, sabiendo que en cuanto á nobleza de estirpe la tuya es mayor que la suya, y por tanto que tu matrimonio con ella no haría más que honrarla, va á dar su mano á hombre inferior á ella, inferior á nosotros.

—¿Eso es mentira, lo repito!—gritó desesperado Alvar.

—¿Por qué entonces se dice así en el mercado, que casi lo forman los indios y los dependientes de la condesa?

—¡Oh! ¡yo lo averiguaré!—respondió Alvar:—las apariencias parecen darte la razón. Catalina me ha dado una cita que mañana tendrá lugar. Ahora más que nunca estoy resuelto á concurrir á ella.

—¿Lo ves, Alvar, como algo hay en lo que se dice?— replicó Rodrigo.

—¡No me lo repitas si no quieres verme morir de desesperación!

Iré á esta cita, hablaré con ella... y muy pronto sabremos á qué atenernos.

Capítulo VII

Astuto y bribón

GARCÍA del Pilar entró como nunca satisfecho en el despacho del oidor Delgadillo, que impaciente le aguardaba y con cierta dureza le dijo al verle aparecer.

—Según mi cuenta, no más de dos días faltan para que se cumpla el último plazo de tres, que me pediste para darme motivo de hacer ahorcar á los Ponce de León.

García del Pilar contestó con buen humor:

—Si no fuese porque lo imprevisto no está en la mano del hombre podría deciros que de esos dos días que faltan uno por lo menos sobra.

—¿Tanto has adelantado?

—Tanto que yo mismo me admiro de la estúpida facilidad con que los hombres se dejan manejar por quien mayores daños puede hacerles.

—Haz á un lado digresiones inútiles, y cuenta lo que has hecho.

—A ello voy y comenzaré por deciros que he hablado con Esperanza Ponce y que no fué ella quien tan poco galante caricia os hizo...

Suprime burlas,—interrumpió Delgadillo,—pues mal-dita la gana que de ellas tengo.

Todavía siento en mi rostro el calor de su insolente manó.

—Repito que no fué ella quien os dió el bofetón.

—¿Quién entonces?

—La madre de Esperanza.

—¿La loca?

—La misma.

—De todos modos no se disculpa Esperanza: ¿quién le mandó ponerla al corriente de la cita?

—No hizo tal: todo fué obra de una casualidad y nada más.

Aquella noche la loca tuvo uno de sus más fuertes y peligrosos accesos; despertó mucho antes de la hora de la cita; se le puso en la cabeza que Nuño López de Cardona quería asaltar su ventana, y tomándoos por el difunto, os trató tan malamente como no necesito deciroslo.

—¡No por Dios! pero en tal caso Esperanza estará dispuesta á servirme de nuevo y mejor que la vez pasada ¿no es así?

—No lo es.

—¿Qué escucho?

—Esperanza se queja...

—¿De qué?

—De que la habéis engañado, fingiéndoos lo que no sois.

—¿Quiere decir que me conoce?

—Sabe, en efecto, quien sois, pero nada hay perdido

por esto: vuestra supuesta personalidad os ponía en la precisión de ser vos quien la buscaseis; descubierta la verdadera, Esperanza será quien venga á buscaros.

—Lo dudo; todos los Ponce son una especie de fieras del orgullo.

—Sin embargo, por salvar su pescuezo de la gola que les prepararéis, sacrificarán su orgullo.

Pero ya hablaremos de esto, lo que ahora importa deciros es que mañana mismo estallará la mina que les tengo preparada.

Es, pues, indispensable que sin pérdida de momento os trasladéis á la casa de la condesa, en Tezcoco.

Con que guardéis vuestros papeles y toméis vuestras, armas, nada más tendréis que hacer, pues al entrar he dado orden de que tengan ensillados vuestro caballo y el mío.

—¿Pero qué tengo que hacer allí?

—Estar preparado á ejercer vuestro oficio de juez.

—¿Acaso han confesado ya?

—No, pero los haremos confesar.

—¿En casa de la condesa?

—En casa de la condesa precisamente, no; pero sí dentro de los términos de sus propiedades.

—¿Allí irán los Ponce?

—Todos ellos.

—¿Pero cómo te has compuesto?...

—La verdad es que para el caso me ha ayudado grandemente el buen Jerónimo Ruiz.

—¿De qué modo?

—Jugando el peor albur que todo amante no favorecido por su dama puede jugar.

—Entérame de eso.

—Ya sabéis que Jerónimo Ruiz está celoso de Alvar Ponce.

—¡Pero eso es una demencia!

—Una demencia, sí, pero natural en hombre enamorado, porque habéis de saber que Jerónimo Ruiz lo está de Catalina.

—No lo creas; lo fingirá, no lo dudo, pero Jerónimo Ruiz sólo la apetece por sus riquezas.

—Pues á pesar de eso, está enamorado de Catalina, pero en fin, séase de ello lo que se fuere, el caso es que Jerónimo Ruiz ha citado á Alvar Ponce á una entrevista con él y Catalina.

—¿Con qué pretexto?

—Con el de provocar una reconciliación de los Ponce con los Cardona, á cuya reconciliación está dispuesta la condesa.

—Está visto que cuanto hoy me cuentas, si es cierto, es inexplicable.

—En cuanto á lo cierto os juro que lo es.

—Prosigue.

—La entrevista se verificará en las ruinas del palacio de los reyes de Tezcoco, y allí, á ese sitio, irán también Esperanza y su madre Juana de la Cueva.

—No me lo explico.

—Esperanza irá allí citada por vos.

—¿Citada por mí?—replicó Delgadillo con asombro.

—Es decir, citada por mí á nombre vuestro: y esto os prueba lo que antes os dije: sabiendo quien sois ella misma os busca.

—¿Pero con qué fin?

—Con el de solicitar vuestra gracia para sus hermanos.

—¿Luego ella ha descubierto sus crímenes?

—No ella, sino yo.

—Explicáte.

—Jerónimo Ruiz mandó citar á Alvar Ponce por medio de Pedro Fañez, que siempre fué más devoto de los Ponce que de los Cardona.

—Parecióle tal vez extraño el encargo que se le daba, y mostró su extrañeza con tan poca reserva, que yo sospeché no sé qué, pues ni á mí mismo he podido darme cuenta de lo que sospeché.

—Pero es el caso, que inspirado sin duda por el demonio que ha de perder á los Ponce, apenas Pedro Fañez marchó á cumplir su encargo, deslicéme yo bonitamente en las habitaciones que le están destinadas en casa de la condesa, y busqué y registré, con tan extraordinaria fortuna que di con unos papeles preciosísimos.

—¿Qué papeles?

—Una relación de cómo y por quién fué asesinado Nuño López de Cardona.

—¿Por los Ponce sin duda!

—Justo, por Rodrigo Ponce de León.

—¿Qué más entonces necesitamos para ahorcarlos á todos ellos?

—Esa relación no sirve para el caso.

—¿Por qué razón?

—Porque ella condena más á Cardona que á los Ponce, quienes en último resultado mataron á Cardona en legítima defensa de su honor ultrajado.

—Por sólo esa relación no hay humana justicia que condenarlos pueda.

—¿Por qué entonces llamaste á esos papeles preciosísimos papeles?

—Porque estoy seguro de hacerlos valer como tales, vendiéndoselos á Jerónimo Ruiz.

—¿A Jerónimo Ruiz?

—Sí, porque en el caso, que tengo por seguro, de que Catalina ame á Alvar Ponce, la caprichosa joven no dará su mano al hermano del asesino de su padre, y el crimen se lo probará Jerónimo Ruiz presentándole dichos papeles.

—No está mal pensado; pero en fin si esos papeles no sirven para nuestro objeto...

—Es preciso esperararlo todo de la entrevista que se verificará, como os he dicho, en las ruinas del viejo palacio tezcocano.

—¿Pero con qué objeto haces ir á ellas á Esperanza?

—Con el de llevar allí á su madre Juana de la Cueva.

—Eso es un disparate ¿cómo ha de llevar á su madre á una cita como la que le has dado?

—No la llevará ella.

—¿Quién entonces?

—Yo.

—¿Tú!

—Sí, yo mismo.

—¿Con qué pretexto?

—En cuanto Esperanza haya salido de su casa, entraré yo en ella; diré á Juana que acaban de robarle á su hija, y por loca que Juana esté, no por eso dejará de ser madre y consentirá en seguirme á donde yo la lleve.

—¿Y dónde la llevarás?

—A la casa de la condesa, donde estaréis vos y estará también Isabel, la hija de la presunta víctima de los Ponce.

Seguro estoy de que al verse Juana en presencia de la

hija de Felipe de Rioja, nos descubrirá el crimen de los Ponce, si, como podría jurarlo, cometieron en efecto ese crimen.

—García del Pilar,—exclamó Delgadillo con cierta admiración que no estaba exenta de cierto marcado tinte de horror,— ¡eres sin duda un gran astuto, pero eres también un bribón!

—Acepto el cumplimiento y rechazo el disfavor; si en lo que hago, hago mal, vos la culpa tenéis, pues me impusisteis vuestra venganza al precio de mi pellejo, que estimo en más que en todos los pellejos ajenos.

—Pero á tiempo estamos, si mi plan os disgusta alzad vuestra amenaza, y volveré las cosas á su primitivo estado.

—No, García del Pilar,—contestó Delgadillo,—sea lo que deba ser.

Y guardando sus papeles y tomando sus armas se dispuso á salir con su pérfido confidente.